

## **En el Centenario del Natalicio de Monseñor Tiberio de J. Salazar y Herrera**

### **EL ARZOBISPO FUNDADOR**

**Por Carlos Betancur Arias**

Discurrir sobre la vida histórica de un varón preclaro, infunde sentimientos varios: respeto por la verdad íntegra; responsabilidad por la difusión de elementos de juicio; temor por la capacidad humana de equivocaciones; ansiedad por la cabal evocación a la presencia de esta época, de una figura que llenó toda una etapa histórica de la suya.

Conocí al Excmo. Señor Tiberio de J. Salazar y Herrera, cuando ejercía el cargo pastoral de Obispo de la Diócesis de Manizales; era el año de 1928. El primer recuerdo que tengo de él, está enmarcado en el principio mismo de la catedral de Manizales; las llamas voraces habían destruído el hermoso templo de madera en donde tenía sede la cátedra episcopal, en 1925. El 19 de marzo de 1928 el Excmo. Señor Tiberio de J. Salazar y Herrera celebró misa y bendijo la primera piedra de la actual catedral, frente a la plaza de Bolívar de Manizales; parecía que aún estaban humeantes los escombros de la antigua; cuando colocó la piedra angular de la gran edificación, ungió su destino con estas o semejantes palabras, que aún resuenan en el alma de todos los manizaleños que en ese día asistimos al acto: Hagamos una catedral, no de madera que es fácil pasto de las llamas, sino de hierro y de cemento; una catedral que hunda sus cimientos hasta la propia roca para que no trepide con el ronco amenazar de la cordillera cercana; una catedral alta y cimera con proyecciones hacia el infinito, como la fe de los creyentes de este pueblo; una catedral llena de luz para que la oración no encuentre valla en su dimensión ascensional; una catedral en la cual el alma se sienta como bajo la azul comba de los cielos.

En realidad, la catedral surgió al empuje sin fatiga y sin descanso de la ciudad; año por año se congregaron las gentes, animadas por el celo parroquial, hasta el término de la obra maravillosa. El trepidar de la cordillera cercana, hizo que una de sus agujas se viniera al suelo, en día de duelo; pero en realidad la estructura principal del edificio no cedió ante el empuje. Ahí está la obra soñada por el Prelado que puso en sus cimientos la simbólico esencia de su firmeza. Ella

pregona la fe de una raza, y en su principio está escrito el nombre del Prelado.

Después conocí más de cerca la personalidad del obispo: tuve ocasión por los caminos inescrutables de la historia, de vivir muy cerca de él durante varios años: si es cierto que entonces no tenía la capacidad de analizar una personalidad tan definida como la del Señor Obispo Salazar y Herrera, también lo es que la experiencia actual da luces especiales a los recuerdos para tratar de valorarlos.

Hombre de alta figura corporal; un leve encorvamiento de espalda, hacia el frente, le daba la capacidad de entenderse con los más bajos de manera equilibrada, y también de volver su mirada hacia los iguales, con perfecto dominio del medio y de la interlocución; su andar era pausado como quien pisa firme y seguro: era un espectáculo público en las calles de Manizales, el desfile episcopal, en medio de las dos filas que formaban los seminaristas, cuando había ceremonias pontificales; el desfile salía del palacio episcopal y terminaba en el templo en donde se oficiaban las ceremonias: unas veces en la Iglesia de la Inmaculada del Parque de Caldas, y otras en la del Corazón de Jesús, a cargo de los Padres Agustinos; el Prelado revestido con su capa magna, en medio de los clérigos principales, recorría a pie, con paso lento y seguro, todo el trayecto: las gentes agolpadas a ambos lados de la calle, hacían avenida de honor y daban colorido al espectáculo: el Prelado repartía bendiciones que los fieles creyentes aceptaban con unción de convencidos.

En él los ornamentos pontificales quedaban exactamente a la medida; nadie hubiera podido pensar que esa figura había sido creada para usar otra clase de vestiduras.

Hombre de recto juicio, resolvía las situaciones más difíciles con tino y sencillez extraordinarios; estaba hecho para el gobierno suave y firme de las decisiones que se toman con lógica simple: sabía cuáles eran sus deberes y cuáles sus derechos, y no tenía necesidad de forzar los acontecimientos ni de violentar las situaciones para ejercitar los unos y reclamar los otros. En sus pláticas doctrinales usaba un lenguaje sencillo, al alcance de todos los fieles, y era cosa de admirar y degustar, la difícil facilidad con que daba vida, en expresión castiza y perfecta, a todos sus pensamientos. Hombre de muchas lecturas, no sólo de obras teológicas y filosóficas sino de humanidades, sabía utilizar la influencia y el donaire de los clásicos en exacta medida. Muchas veces le oí hacer alusiones frecuentes al Fray Gerundio de Campañas, como quien lo conocía en sus intimidades idiomáticas y como quien había trascendido en su cabal sentido el empeño doctrinante y reformador del autor del libro. Los clásicos de la lengua española, los que le dieron lustre y nombre al siglo de oro, eran su lectura constante: desde Lope de Vega hasta Calderón de la Barca; desde Tirso de Molina hasta los Fray Luises; desde San Juan de la Cruz hasta Santa Teresa, eran lecturas suyas muy frecuentes.

No es raro pensar que Cervantes le enseñó todo el gracejo que usó en su diálogo familiar; los decires de las gentes del oriente antioqueño, eran algo así como un acomodo de los refranes repetidos de Sancho Panza. Y cuando se exaltaba en él el hombre de letras y el com-

prometido con su Iglesia y con su pueblo, salía enhiesto, lanza en ristre de su alma un nuevo Quijote a librar las batallas por imposibles que fueran, para mantener limpio y sin mancilla el nombre de su heredad y su querencia.

La rectitud de su juicio, fue para mí su virtud más brillante, siendo cierto que brillaban en su personalidad muchas otras.

Jamás oí de sus labios expresiones de rencor, palabras de amargura. Era el hombre de recto juicio, de amigables expresiones, de dulces palabras.

Es claro que su afán pastoral estaba siempre en primer término, cuando usaba de su autoridad: el consejo, la reflexión, la búsqueda constante de quien andaba descaminado para enderezarle sus vías; el amor como entrega de su propio yo, como la expresión perfecta del "darse", era en él cosa sencilla y natural. En la cinta heráldica de su escudo episcopal había escrito estas palabras: "Omnibus omnia factus"; y en realidad que era ese lema una transcripción muy exacta, no ya de su mero afán pastoral, sino de su personalidad entera: se daba con facilidad, cedía sin resquemores, perdonaba con sencillez: en el confesionario le oí discretos consejos paternales que son inolvidables, como de quien sabe que su condición de perdonador a nombre de Dios, tenía fundamento en su capacidad de comprensión de las connaturales debilidades humanas.

Con todas esas virtudes se comprende que fuera virtud natural en él, la rectitud del juicio. El juicio como idea que se formaba de las cosas y de los acontecimientos y de los hombres; el juicio como expresión de esa idea para participar a otros; en conclusión, se impone la idea de que cuando él hablaba podía creérsele sin dilación y sin violencia de parecer personal. Ahora estoy creyendo que su éxito en el pastoreo de su diócesis de Manizales, radicó en su rectitud de juicio.

Su rectitud de juicio fue la razón por la cual aceptó siempre el diálogo, en el tiempo en que los jerarcas se producían en progmatikas; las ideas ajenas tuvieron en su ánimo repercusión y suscitaban respeto. Las iniciativas de sus sacerdotes y aún de sus fieles tuvieron grato eco en su pensamiento y quizá algunas de sus obras más importantes en el curso histórico de su vida, tuvieron fuente y raíz en el pensamiento ajeno.

La rectitud de juicio del Excelentísimo Obispo que estamos recordando, le hizo siempre amable: en su escudo episcopal grabó la figura del Buen Pastor, del que deja el redil sin peligro próximo, para ir a buscar y traer en hombros a la unidad descarriada. Es claro que su alma, como apóstol, se transparentaba así por una sonrisa permanente que le daba a su aspecto facial una extraordinaria y dulce atracción. Era, en ese sentido, un verdadero representante de Cristo, que al decir del Concilio, "instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunión de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos" (Misterio de la Iglesia, 8).

El supo bien que la Iglesia era comunidad de fe, y avivó en sus feligreses esa fe, alentó su esperanza y su caridad, con una proyección viva y luminosa de su propia personalidad eclesial.

Como es lógico, la claridad del juicio y su rectitud, tenían una causa evidente: la claridad de su inteligencia para comprender las verdades de que había sido depositario como maestro de la fe, de la esperanza y de la caridad, y para comprender el medio en que actuaba y los hombres que lo rodeaban, ya como colaboradores inmediatos, ora como ovejas de su pastoreo.

La imagen que recibí de él en esos primeros años de mi juventud, plasmó en mí la auténtica figura de un obispo; como él me parecía que debían ser todos los obispos del mundo; a través de esa dulce figura amable, aprendí entonces a conocer la Iglesia en su plenitud formal; él se convirtió entonces para mí en el prototipo del hombre de la Iglesia, del Pastor atrayente, del Obispo sin mácula.

En Concilio ha dicho en estos tiempos que “entre los principales oficios de los obispos se destaca la predicación del Evangelio. Porque los obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, o sea los que están dotados de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de ser creída y ha de ser aplicada a la vida, y la ilustran bajo la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación cosas nuevas y viejas, la hacen fructificar y con vigilancia apartan de su grey los errores que la amenazan” (El Episcopado, 25).

El Señor Salazar y Herrera era un auténtico predicador de la fe: le oí y muy de cerca, comentar el Evangelio, dar enseñanza fresca como de pastos verdes en la madrugada; pude no sólo oír la enseñanza, con la boca abierta y alelado ante tal exposición comprendida y vivida, porque el Evangelio en él no fue una sabiduría sino como debe ser, una vivencia permanente, sino sentir cómo la vivía para seguir ad doctrinando con su ejemplo, en forma más definitiva y convincente que con la palabra.

Me dí cuenta, y lo comentábamos en corro de compañeros y condiscípulos, de la donosura con que el Prelado manejaba el idioma; en su boca se hacía fácil y sencillo, sin adornos retóricos recargados; era el clásico decir de quien utilizaba la palabra, el verbo, para que fuera fiel intérprete de la idea.

Como pregonero de la fe, ganó innumerables discípulos para Cristo; aún quienes posaban de descreídos y anticlericales —en la época del traslado del Obispo de Manizales a Medellín eran muchos— le miraban con respeto, le escuchaban con atención y con deleite, y manifestaban de manera pública y privada su consideración al maestro auténtico dotado de la autoridad de Cristo.

Como orador, lo que se llama entre nosotros “orador”, es decir, el expositor con vehemencia de sus ideas, de manera directa frente al público, era hombre de excelentes recursos: sus improvisaciones eran connotadas y comentadas en el ambiente de la ciudad y de los lugares por donde ejercitaba su apostolado; daba gusto oírle, y los mayores comentaban entonces que en ese sentido se destacaba entre los expositores de la doctrina evangélica.

“El Obispo, —dice el Concilio (El Episcopado, 26)— por estar revestido de la plenitud del sacramento del orden, es el administrador de la gracia del supremo sacerdocio, sobre todo en la Eucaristía, que él

mismo celebra o procura que sea celebrada, y mediante la cual la Iglesia vive y crece continuamente”.

Tuvo especial empeño por las celebraciones litúrgicas y devoción extraordinaria por la Eucaristía; yo le ví celebrarla; yo estuve muy cerca de él cuando lo hacía; yo le ví transustanciar el pan en el Cuerpo de Cristo, y ví también cómo se transformaba él ante su presencia real. Administraba la gracia del Supremo Sacerdocio por la Eucaristía a su pueblo, de manera tan elevada y digna, que dejaba siempre una especie de estela en el alma de los feligreses que seguían ungidos con la gracia que de él habían recibido en la Administración Eucarística. Y después, orando y trabajando por el pueblo, difundía con abundancia la plenitud de la santidad de Cristo.

El Concilio dijo: “Los Obispos rigen, como vicarios y legados de Cristo, las Iglesias particulares que les han sido encomendadas, con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad de la que usan únicamente para edificar a su grey en la verdad y en la santidad, teniendo en cuenta que el que es mayor ha de hacerse como el menor, y el que ocupa el primer puesto como el servidor” (El Episcopado, 27).

El Señor Salazar y Herrera regía como auténtico enviado de Cristo, la Iglesia particular que le había sido encomendada. La Diócesis de Manizales, en donde lo conocí de cerca, era la parcela de su pastoreo. Me dí cuenta de muchos de los actos de su gobierno: suaves y fuertes “como el sueño”; regía con caridad, e imponía sus órdenes con sonrisas, y a veces entre gracejos de muy buen gusto. Sus consejos eran de amistosa comprensión: consejos para sus iguales o pares, consejos para sus sacerdotes, consejos para sus fieles, consejos para todos: se prodigó y se hizo en realidad, conforme a la fórmula del heraldo de su escudo: “todo para todos”.

Con sus exhortaciones y sobre todo con sus ejemplos, dignificó la grey que le había sido encomendada, la edificó en la verdad y en la santidad.

Un día, a principios de diciembre de 1932, me llamó el Señor Salazar a su biblioteca; me ordenó que bajara de los anaqueles los libros; y cuando terminamos la labor, me dijo: “Quiero que usted tenga un recuerdo mío; este librito es al mismo tiempo un recuerdo, un símbolo y una invitación”. Y recibí con honda emoción, por cuanto supe que se ausentaba de esa sede, el folleto titulado “El Cielo”, escrito por el Padre Ruiz Amado S. J., que aún conservo.

El 18 de diciembre de 1932 tomó posesión de su cargo como Arzobispo Coadjutor de Medellín, con derecho a la sucesión.

El Excmo. Señor Manuel José Cayzedo recibió a su cooperador con resignación, pero no con gusto, al decir de los historiadores de entonces. No obstante que se imponía por la lógica, no lo nombró Vicario General de la Arquidiócesis, y fue entonces cuando la Congregación Consistorial le hizo el nombramiento, que le fue comunicado en mayo de 1933 al Señor Cayzedo.

Estos detalles y esas circunstancias no fueron motivo para que el Señor Salazar y Herrera se conturbara. Sereno siempre, siempre animoso en el ejercicio de su cargo.

Así lo encontré aquí nuevamente, cuando vine yo a la Escuela Normal Superior de esta ciudad. Vivía entonces el Señor Salazar en una casa de la calle Ayacucho cerca de la carrera Giraldo.

No eran días fáciles para un obispo los que entonces se estaban viviendo. La reforma de carácter social que entonces se cumplía, se recrudeció de manera extrema desde el principio de la administración del presidente Alfonso López.

Ya desde antes el gobierno había empezado su reforma por la propia educación. Y era lógico, por cuanto de la escuela saldrían los ciudadanos de la generación siguiente en el trato de la cosa pública.

En las aulas de los colegios oficiales se daba enseñanza abiertamente materialista. No se tenía entonces ni respeto ni consideración alguna por los valores morales. Se inculcaba una absoluta libertad, que rayó en muchas ocasiones en libertinaje, en los colegios oficiales de entonces: como ejemplo podría recordarse la etapa difícil que entonces vivió el Instituto Central Femenino. La Normal de Varones era escuela piloto de esta clase de formación: se había establecido en ella una división bien marcada de "católicos" y "anticatólicos". En diversas circunstancias se polarizaron los conceptos y se llegó a la pugna física en algunas ocasiones. Los principios espiritualistas, la propia práctica de la religión, eran acosados en ese ambiente y en esa época.

La Escuela Normal Superior había sido alto centro normativo de todo el magisterio de Antioquia y del de otras latitudes. Escuela de dulce recordación y de gratos momentos. Madre nutricia del espíritu de la raza, de cuya entraña fecunda salieron los más grandes preceptores de toda una época. En sus muros encontramos los estudiantes de entonces, los recuerdos en efígie de las figuras más cimeras de la cultura de un pueblo; en sus aulas quedaba todavía, a pesar de las fumigaciones deletéreas, ambiente de recuerdo, suave olor de sabiduría, medio de virtudes ancestrales. Yo recuerdo la historia de esa Normal con singular cariño; yo viví en ella un período relativamente corto, pero aprendí a querer su historia para tener razón de las lamentaciones de la época. No son propiamente los hombres que pasaron en el tiempo de mi historia normalista lo que interesa; los hombres de esa época tuvieron condición histórica fugaz en cuanto gestores de su administración transformista, de su evolución académica; los hombres de esa época viven en el recuerdo de muchas gentes, como alumnos que tuvieron la osadía de desafiar el medio hostil y sentar la protesta que podía entonces traerles como eco el sacrificio hasta de la propia vida. Un grupo en el que se encuentran connotadas personalidades del país, en ocasión relativamente reciente, recibió de manos de un Rector de la Normal que quiso hacernos justicia, el botón solapero que nos signara como maestros con grado; pero faltó en ese evento el diploma que así lo acreditara; entre los que estuvimos en ese momento de recordación emocionada, se contaba el Doctor Gabriel Betancur Mejía, varias veces ministro y representante actual de Colombia ante la Unesco; varios profesionales distinguidos en diversas ramas del saber; profesores que han hecho de la enseñanza un culto, a quienes debe el país muchos hombres engendrados por ellos para la vida del espíritu, del servicio, de la prolongación cultural de nuestro pueblo.

Vieja Escuela Normal, centro nutricional, abanderada de la educación permanente del país, cimero empeño doctrinante de la raza, bastión de nuestra cultura popular, cómo te estoy recordando.

Y cómo me dolió entonces cuando una santa mujer, con nombre helénico Sophia tenía que levantarnos a hurtadillas el castigo de no comer, por haber asistido a un oficio religioso. Sophia era la ecónoma y la alimentadora del personal de la Normal.

Y era la época en que yo asistía en la casa de Ayacucho de Monseñor Salazar, al adoctrinamiento dominical, ordinariamente a la hora del almuerzo, como para alimentar el espíritu y robustecer la voluntad, con las palabras y las enseñanzas del Pastor.

Esa Escuela Normal fue centro de difusión anárquica y disociadora. La época fue de grandes conmociones espirituales. Al final del principio, se clausuró el claustro y nos dispersamos los alumnos, con los estudios terminados, pero desconocidos por el centro que estábamos tratando de salvar. El capellán era entonces el Padre Félix Henao Botero, nuestro carísimo e imponderable Monseñor de ahora, Rector de la Bolivariana. Con valentía y arrojo masculino permaneció en las aulas, adoptó y orientó a los alumnos, fue guía de los pasos de entonces.

Frente a esa posición estatal, frente a los empeños por hacer de las escuelas centros de enseñanza laica, los obispos de entonces dijeron: "Laico, para los fautores de esa enseñanza, equivale a irreligioso. Laica es la Escuela donde en teoría se prescinde de la religión y en la práctica se la combate; la neutralidad de los laicistas es un sofisma que a nadie sorprende ni engaña".

Y terminaban diciendo, aquello mismo que habíamos oído los discípulos de boca del capellán y del arzobispo: "Luchad sin violencia ni encono; que el reinado de Jesucristo es de paz y de justicia. Pero luchad con entusiasmo y sin desfallecimiento".

En ese medio de acciones tremendas en contra de los principios que habían regido la enseñanza por mucho tiempo, se produjo, como es obvio, la lógica reacción. El centro matriz del movimiento fue la Universidad de Antioquia y el área la Facultad de Derecho: por el mes de junio de 1936 se había iniciado en dicha Facultad un movimiento para separar de sus cátedras a los profesores de derecha, conservadores. Estos se reunieron para adoptar una posición digna en esa emergencia: ceder el campo de la lucha, podría tomarse como cobardía; enfrentarse a un poder superior, sonaba a insensatez; se pensó entonces en una Universidad privada; el pensamiento de los profesores se infiltró entonces a los alumnos; hubo desde esa época reuniones continuas de profesores y de alumnos y en veces de profesores y alumnos, para tomar la determinación final. Acudieron en busca de apoyo a la Acción Católica, cuyo asistente arquidiocesano era el Pbro. Germán Montoya Arbeláez. Se propició entonces una primera reunión para tratar estos asuntos, a las 11 a.m. del día 2 de junio de 1936, en el local del Edificio Calpe, y presidió la reunión el Padre Germán Montoya, y asistieron los siguientes señores, profesores de las facultades de Medicina y Derecho de la Universidad de Antioquia: Braulio Mejía, Emilio Robledo, Luis E. Arango, Antonio Osorio, Alberto Bernal, Dionisio Arango, Braulio Henao, Juan E. Martínez, Rafael Botero, Alfonso Restrepo, Ber-

nardo Echeverri, Alfredo Cock, Félix Henao y Cayetano Betancur. Actuó de secretario el Doctor Alfonso Restrepo M.

De esa reunión, como consta en el acta respectiva, salió el nombramiento de una comisión compuesta por los Doctores Rafael Botero, Bernal Nicholls, Arango Ferrer y Cock Arango, "para procurar una reunión en la cual se formará el Comité que haya de hacer los estudios necesarios para la posible fundación de la Universidad Católica y para ver la manera de propagar esta idea".

Hay que tener en cuenta que el Arzobispo Salazar no era ajeno a este movimiento y que de su consulta salían los nuevos ímpetus para que la idea se convirtiera en realidad.

La segunda reunión de esta Junta, con excepción del Padre Montoya, convino en mandar una comisión que informara en detalle al Señor Arzobispo lo que se había tratado, y para que recibiera de él el consejo a nombre de la Iglesia. Ante los temores de algunos de los profesores para llevar a cabo la fundación, el Pbro. Félix Henao Botero dijo: "Es posible la organización de la Universidad Católica, porque en Antioquia todo es posible".

El Excmo. Prelado, frente a este movimiento de empuje y decisión escribió una carta de informe y de consulta a la Nunciatura Apostólica, que no obtuvo respuesta oportuna.

Entre tanto, se precipitaron los acontecimientos.

Hubo en los primeros días de septiembre serias diferencias entre el Decano de la Facultad de Derecho y el profesor Doctor Alfredo Cock Arango; el Consejo Directivo de la Universidad apoyó los puntos de vista del Decano, y la actitud hostil se extendió entonces a otros profesores.

El hecho trascendió a los alumnos: éstos andaban por las calles de la ciudad en manifestación, pobre en su número. Se encontraron casualmente con el profesor Cock Arango y éste los invitó a que recibieran clases que él dictaría, en un local ocupado por él en la zona de "Guayaquil" en esta ciudad, "Edificio Bolívar" —nombre que si bien es cierto que era mera coincidencia, imprimía ya un sello indeleble al sentido patriótico de la universidad naciente—. Don Alejandro Angel, vista la decisión del profesor Cock y de los alumnos, cedió parte de ese edificio para que lo utilizaran los animosos fundadores. El 8 de septiembre de 1936, en el "Edificio Bolívar", a las cuatro y media de la tarde, se dictó la primera clase de Derecho Internacional, en la Facultad respectiva de la Universidad sin nombre, que vino a ser poco después, la Católica Bolivariana.

Animado por el éxito de esta primera jornada, el Doctor Cock buscó muebles: los bancos que sirvieron en el Congreso Eucarístico, fueron los primeros asientos físicos de los estudiantes y profesores de la fundación. Andaba la Providencia signando con signos externos, el sacramento que estaba impartiendo a la educación católica en esta ciudad, para la nación, el continente y el mundo.

El edificio era "Bolívar" y los bancos eran "Eucarísticos". Cuenta el Doctor Alfredo Cock en sus apuntes íntimos, que el 9 de septiembre, después de dictar clase de 7 y 8 de la mañana, fue a visitar al Señor Arzobispo Salazar y Herrera en su palacio y le dijo: "Excelencia: Díg-

nese acoger bajo su paternal protección este principio de Universidad y déle su bendición". El Arzobispo bendijo con cálidas palabras la obra inicial y alentó positivamente a sus gestores.

Cuenta el Doctor Cock en sus apuntes: "El estudiantado deseaba que se consagrara la Universidad con el nombre de **Bolivariana**, en honor del Libertador Simón Bolívar. Este deseo del estudiantado tenía como fundamento tomar como lema los ideales de libertad y orden proclamados por el Libertador. Pero me pareció indispensable conjugar este noble pensamiento con la orientación que necesitaba el plantel: ponerlo bajo el patrocinio de la religión católica y secundado por el Señor Arzobispo. Sin esto, estoy absolutamente convencido habría sido difícil si no imposible que pudiera subsistir".

En reunión de ese día, 9 de septiembre de 1936, convocada por los estudiantes, éstos y los demás asistentes declararon: "El nombre de la Universidad será: **Universidad Católica Bolivariana**".

Los estudiantes que ya habían asistido a tres clases dictadas por el Doctor Cock Arango, invitaron a los otros estudiantes que corrían suerte pareja a que asistieran a las clases y a los profesores a que las siguieran dictando; así sucedió y los profesores siguieron dictando las mismas materias que daban en la Facultad de Derecho, a las mismas horas y en el local que ya estaban ocupando.

Informado de todo lo acordado y de todo lo realizado ya, el Arzobispo Salazar y Herrera convocó para el día 14 de septiembre, el Comité pro Universidad Católica, a una reunión que tuvo lugar en el palacio arzobispal. El acta de esa reunión, que es el documento que marca el nacimiento jurídico de la Universidad, dice así: "Acta N<sup>o</sup> 9. - En Medellín a las 11 a.m. del día 14 de septiembre de 1936, en el palacio del Ilustrísimo Señor Arzobispo y presididos por éste, se reunieron los siguientes miembros del "Comité Pro Universidad Católica": Manuel M<sup>a</sup> Escobar, Ramón Echavarría, Félix Henao Botero, Pbro., Dr. Gil J. Gil, Alfredo Cook Arango y León Londoño. Asistió también el Doctor Guillermo Jaramillo Barrientos en representación de los profesores católicos de la Facultad de Derecho. Abierta la sesión, el Ilustrísimo Señor Arzobispo solicitó los nombres de los candidatos que debían integrar las dos comisiones: 1) De Constituciones y Estatutos y 2) Económica de la Universidad Católica Bolivariana. Convenidos los nombres de las personas que han de integrar esas dos comisiones, se dió lectura al Decreto sobre constitución de la **Universidad Católica Bolivariana**, nombre con que será conocida en el futuro".

"Nos Tiberio de J. Salazar y Herrera, etc. Considerando....  
Decretamos:

"Artículo 1<sup>o</sup> - Fúndase en la ciudad de Medellín, capital de la Arquidiócesis del mismo nombre, en el Departamento de Antioquia, República de Colombia, una Universidad que se denominará: Universidad Católica Bolivariana, destinada a la formación cristiana de los jóvenes que quieran educarse en ella".

Allí está el Arzobispo Salazar y Herrera: firme en sus decisiones, con paso lento y seguro, como quien siempre pisa firme: dando normas y poniendo cimientos a la entidad que iba a servir de centro de

docencia, de formación, de ilustración de las generaciones venturas, en el nombre de Cristo.

La Normal Antioqueña de Señoritas nació a la par de la Bolivariana. Se necesitaba también un centro docente, normativo, normalista, de señoritas que fueran después las maestras de la niñez y de la juventud. Y de su autoridad nació también, por decreto memorable y por razones o consideraciones idénticas, la Escuela Normal Antioqueña de Señoritas, que ha sido desde entonces fanal de la cultura antioqueña, centro de donde dimana la capacidad multiplicadora de la educación popular, dechado de virtudes ancestrales que se van repartiendo de generación en generación con desvelado empeño por las más connotadas educadoras; espejo de nuestros afanes de formación femenina; y que fue desde entonces vigía y centinela de la formación cristiana de la juventud femenina.

Ella tuvo también nido en la mente del Prelado, hondamente preocupado por la formación de la juventud, por cuanto sabía bien que de los centros de adoctrinamiento saldría la Patria del futuro.

Sus desvelos por la educación fueron parte principal de su pensamiento. En todos los documentos suyos está expreso: en la hermosa carta que dirigió al Rector de la Universidad Católica Bolivariana, con motivo de los Ejercicios Espirituales de 1938, decía:

“No halagamos el espíritu con eso que ahora llaman sentimiento religioso, sino que nutrimos nuestro corazón, repleto de esperanzas, con la seguridad de una educación completa en los dogmas de nuestra religión, y una formación efectiva en los preceptos y obligaciones que nos impone. Los dos polos que indican el eje de la empresa admirable en que estamos empeñados los iniciadores y sostenedores de esta **Universidad**, son la religión y el patriotismo. La religión, esa virtud moral que inclina la voluntad a tributar a Dios el culto debido como a Supremo principio de todas las cosas; y el patriotismo que es el amor sincero y fuerte a nuestra patria, puesto en acción”.

El presente recuerdo histórico no pretende ser una biografía. Ya la han hecho personas más capacitadas. Nuestro presidente de la Academia de Historia de Antioquia, Pbro. Doctor Don Juan Botero Restrepo, está editando una biografía completa del Prelado, que de seguro ha de recoger la vida, la obra, la personalidad, las realizaciones de este hombre extraordinario, signado por Dios con excelentes atributos, destinado a una tarea providencial en su tiempo y en su medio, y colocado como centro de la actividad religiosa de dos provincias eclesíásticas connotadas.

Este deshilvanado comentario, sin orden especial y, sin preocupado empeño de ser biografía, tiene sólo por fin rendir un tributo emocionado de gratitud a un Prelado que ennobleció el báculo en una época histórica de transformación ideológica de la patria.

Tuve el doloroso gusto de llevarlo en peregrinación fúnebre el 5 de marzo de 1942, a su descanso perdurable, en sepulcro episcopal, bajo el cobijo de las amplias naves de la Catedral Metropolitana de esta ciudad.

El Arzobispo Salazar y Herrera había nacido en Granada, ciudad de abolengos eclesiales, cuna de innumerables sacerdotes y hom-

bres de letras que influyen de manera inmediata en la vida social, económica, religiosa y política de la nación; ciudad enmarcada por las cordilleras del Oriente antioqueño, el día 27 de julio de 1871. El centenario de su nacimiento es ocasión para que levantemos en su honor, no sólo el bronce que preside los destinos cotidianos de la Universidad Pontificia Bolivariana, sino el corazón agradecido para quien fue alma de su fundación jurídica, sustento de sus iniciales arrestos, coraza de su integridad ideológica y guarda permanente de sus destinos normativos de siempre.

---

## LA PERSONA Y LA OBRA DEL ARZOBISPO

Por Juan Botero Restrepo - Pbro.

**Su estampa psicológica.** — Si quisiéramos sintetizar la personalidad psicológica de Monseñor Salazar, nos bastaría con decir que en la tranquilidad y el optimismo estaba el mejor compendio de ella.

En efecto, casi nunca se ofuscaba y nunca se desalentaba, aún en los momentos más difíciles de la vida, como por ejemplo, cuando contempló su hermosa catedral en cenizas. Por otra parte, recursivo y de iniciativa como era, a todo problema encontraba solución pronta y prudente. Solamente se le vió perder los estribos cuando algunas personas un poco tercas se oponían a una solución eficaz en el problema del Carmen de Viboral.

Tenía la gran cualidad de aceptar y estimular con simpatía las buenas ideas de sus subalternos y no lo aterraban las concepciones modernas, con tal que fueran bellas, como lo manifestó al serle presentados los proyectos para un templo vaciado en arquitectura ultramoderna, para la Universidad Católica Bolivariana.

Poseía el don de la conversación amena, la que solía salpicar de oportunas anécdotas, y como varón superior que era, sabía ocultar en el fondo de su noble corazón las penas más agudas, para manifestar en su parte exterior una gran serenidad.

Era dulce y afable y sabía combinar inteligentemente estas cualidades con la autoridad que ejercía, sin que ésta sufriera menoscabo. Por otra parte, tenía la rara propiedad de combinar la caridad del santo con la agudeza del sicólogo y con la frialdad del diplomático.

Era expansivo y jovial y nunca se advirtieron en él demostraciones de un espíritu reconcentrado y hosco.

En él podía advertirse fácilmente una gran sencillez que nunca rayó en torquedad; era humilde sin pusilanimidad, y manso sin cobardía y sabía identificarse con el pueblo, sin que se le dejara de respetar.

Era lector asiduo y gustaba del estudio de los místicos y de los clásicos castellanos, especialmente de Cervantes. De ellos aprendió la fluidez y la casticidad que siempre brilló en sus sermones y oraciones.

Finalmente, tenía el privilegio de una ironía fina y discreta, que lo hacía salir airoso en sus apuros. Estaba dotado de un enorme

sentido práctico, al estilo de Sancho Panza y para él nada era difícil. Poseía una maravillosa capacidad recursiva y un gran poder de iniciativa y no se dejaba enredar en concepciones teóricas. Tenía la sabiduría de vivir, heredada de los patriarcas orientales, y era dueño de una filosofía de la existencia altamente providencialista, sin caer en el abandono de su deber.

Poseía una fe y una confianza inquebrantables; no se asustaba fácilmente ni se dejaba arrebatar por ímpetus neuróticos; con su presencia campechana daba una impresión de seguridad, de claro dominio de las facultades y de esa tranquilidad que es propia de almas superiores.

Aún en sus momentos de enfermedad y en los instantes de amargura y sufrimiento conservó aquella suprema elegancia de espíritu que lo hacía aparecer siempre sereno y acogedor; no obstante, conservó siempre un gran miedo a los viajes en avión, el que mantuvo hasta su muerte.

“Tenía un tal dominio de sí mismo y se mantenía en un plano de tan serena placidez, que siendo por temperamento sensible y delicado, ni aún en momentos de grandes contrariedades había una gota de hiel en sus palabras.

“Era gran conversador y en sus charlas familiares salpicaba su pensamiento con graciosas anécdotas y alivió muchas veces con un gracejo oportuno la tirantez de una situación complicada”, dijo de él Gonzalo Restrepo Jaramillo.

En el prólogo escrito por Monseñor Félix Henao Botero a la edición de algunas oraciones de Monseñor, que bajo el título de “Letras Pastorales” en la colección “Rojo y Negro” hizo la Universidad Pontificia Bolivariana, el ilustre sacerdote se manifestó así sobre la obra y la persona del gran Prelado:

“Es un principio dogmático el que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. Dotado el Excelentísimo Señor Salazar de exquisitos atributos naturales, los dones del Padre acondicionaron su personalidad para la apostólica labor de las greyes cristianas. En el Señor Salazar, eran convergentes el gracejo del humanista, el ademán del tribuno, el chispazo genial, la suavidad de las maneras, dentro de una mayestática forma interior que irradiaba simpatía, benevolencia y comprensión de los hombres y de las cosas. Realzaba su figura una piedad tan sólida como sencilla, austera y benigna, atrayente y jovial.

“Sabía sortear las dificultades del ministerio con la frialdad de un diplomático, con la agudeza del sicólogo, con la caridad del santo.

“Como tenía el raro don de la magnanimidad, virtud tan rara, precisamente porque exige la genial visión del intuitivo y el arrojo denodado del espíritu encendido en caridad, vinculó su mitra y su cayado a obras de continental renombre y osadía, como la catedral de Manizales, clavada en la roca y vecina de las nubes, y la Universidad Pontificia Bolivariana, brújula de la patria, sostén y armadura de la concepción cristiana de la cultura.

“El Señor Salazar fue sacerdote bueno y fiel, conductor leal y magnífico pastor según el corazón de Dios. En él brillaban más la sen-

cillez y modestia que las piedras y amatistas de su anillo; descollaban con igual esplendor su amor a los sacerdotes y su desvelo por la educación de las juventudes, y su diestra mano escondía las dádivas que vestían al desnudo, daban de comer al hambriento, educaban al pobre, sostenían a los caídos, fortalecían al vacilante y tranquilizaban a las greyes afligidas”.

**Análisis caracterológico.** — Aunque es cierto que la edad va atenuando los impulsos caracterológicos de la persona, de tal manera que su posible primariedad va equilibrándose con los años, su actividad va tomando un reposo y su emotividad va perdiendo temperatura, no podemos negar que Monseñor Salazar, en la época en que nos tocó conocerlo, daba la impresión de poseer un auténtico carácter flemático, si hemos de atenernos a la clasificación de Haymans y Le Senne.

De ello da testimonio su inquebrantable tranquilidad en medio de los acontecimientos más adversos, su equilibrio para juzgar los acontecimientos, no al primer impulso, sino al dictado de una mesura y de una reflexión secundaria, y al mismo tiempo, su inquebrantable actividad, signo también del flemático, a diferencia del apático, que siempre lo llevó a la línea de la acción, pero de una acción reposada, continuada, constante, sin grandes variantes, equilibrada, semejante al del buey que ara todo el día, sin apresurarse como el corcel nervioso, pero también sin cejar ni un instante.

Este carácter lo hacía inalterable, festivo, con la flema propia de los ingleses, hacía que no se diera mucha prisa ni se precipitara, que careciera de una impulsividad imprudente.

No cabe lugar a duda de que este carácter se presta para cosas altas en la vida, para evitar errores y ligerezas, y que en él nunca se encuentran las enfermedades propias de la emotividad excesiva, tales como los desequilibrios mentales, los infartos cardíacos, y las dolencias gástricas, tan frecuentes en personas hiperemotivas.

Todas las anécdotas, los cuentos, los chascarrillos del prelado estuvieron impregnados de esta sabrosa placidez propia de los flemáticos, la de los ingleses, sin que ella, lo repetimos, venga a menos la línea de la actividad, que es uno de los grandes distintivos del flemático.

Sólo así se explica el que hubiera alcanzado a aguantar golpes tan fuertes como los que tuvo que soportar en su larga vida: incendios, problemas de origen gubernamental, dolores de cabeza en algunas parroquias, etc., etc.

**El Párroco de los campesinos.** — En las feligresías de gran tamaño en las cuales el párroco es auxiliado por uno o varios vicarios cooperadores, ha sido costumbre el encomendar a estos últimos, más jóvenes y ágiles por lo general, la administración rural y la atención espiritual a los campesinos que solicitan servicios domiciliarios, principalmente de tipo sacramental.

No sucedía así, sin embargo, en Sonsón en los tiempos del Padre Salazar; todos los fieles se habían hecho ya a la figura del gallardo sacerdote, que dinámico y trabajador, con el sombrero alón de estructura aguadeña en su cabeza, trepaba a su caballo cenizo y tomaba la

dirección de la salida de Tapete, la Calzada, Salomé, Guanteros o El Trigo para dirigirse a la lejana vereda en realización de una fervorosa romería o acudiendo al llamado espiritual de los enfermos que requerían de la presencia del párroco en sus primitivas y sencillas casitas perdidas en los maizales.

Y ni los crudos inviernos con sus torrenciales aguaceros, ni los terribles fangales de algunos caminos, ni la escalinata de piedra para bajar al Murri fueron suficientes de atajar la acción animosa del celoso sacerdote que tenía muy grabada en su alma la imagen del pastor que sale en busca de la oveja perdida.

Las laderas del Arma, del Sirgua, del Aures, del Rioverde, de Tasajo y de Sonsón se familiarizaron con la presencia del buen sacerdote, que siempre era portador de una mirada risueña, y el Roblal y los Medios y Perrillo, y Llanadas y la Loma, Roblalito y San Francisco, la Honda y Cañaverál recibieron en más de una vez la visita sabrosa y bendecida del buen Maestro de Dios, que por todas partes pasaba dando consejos y bendiciones, alentado en la fe y en el trabajo, elevando los espíritus, y sembrando la semilla del amor a Cristo y a María, que siempre germinó.

Es difícil entre sus sucesores otro párroco que haya estado tan en contacto con el alma campesina. Ni el Doctor Manuel José Sierra, ni el Presbítero Miguel Giraldo, ni el Padre Ismael Muñoz, ni Obdulio Duque lograron calar tan hondamente en el corazón de aquellas buenas gentes, que nutrían en su corazón una fe tan incommovible y robusta, como difícilmente podría encontrarse en otro sitio del mundo cristiano.

Cuenta Monseñor Alvarez Restrepo que un día correspondió al Padre Tiberio el turno de una confesión en las despobladas regiones de Rioverde, por los lados de Cocorná, para llegar a las cuales se precisaba un día entero de camino y otro para regresar. En medio de lo más espeso de la selva y cuando la tarde empezaba a descender sus crepones le sorprendió una fuerte tempestad. La violencia de la lluvia lo obligó a bucar un refugio, después de asegurar su cabalgadura en el tronco de un árbol. El fulgor de los relámpagos y el ruido de los truenos exacerbaron el brioso corcel, hasta el punto de romper la cuerda que lo ataba y salir en fuga precipitada. Pasada la tempestad, el buen párroco con las ropas empapadas y las carnes acribilladas por el frío, continuó la marcha a pié.

**El apóstol de los niños.** — Preocupación especial del párroco desde su llegada a la parcela fue el cuidado de los niños en la persona de los cuales veía toda una semilla de cristianismo futuro para la ciudad.

Por eso ponía gran cuidado en preparar la ceremonia de la primera comunión parroquial con ejercicios espirituales al alcance de los pequeños y en conferirle especial solemnidad al acto, por el cual sentía una profunda emoción.

Celebraba con júbilo las fiestas navideñas, y repartía en ellas numerosos regalos a la chiquillería del pueblo, la que siguió, amando a su párroco de por vida.

Visitaba las escuelas e inspeccionaba la enseñanza del catecismo en ellas y él mismo organizaba admirables catequesis los domingos al medio día, las que hacían revivir los tiempos gloriosos de Don Bosco en Turín.

Para la formación espiritual de los jóvenes organizó la congregación de San Luis Gonzaga, y en ella promovió tanto la obra de las vocaciones sacerdotales, que durante su curato ingresaron al seminario los jóvenes que más tarde llegaron a ser Presbítero Emilio Botero Ramos, Darío Londoño Londoño, Samuel Alvarez Botero, Roberto Londoño Botero, Manuel Villegas Molina, Carlos Panesso Arias, Pablo Jaramillo J. y muchos otros.

Otro tanto sucedió con las vocaciones religiosas femeninas. Fruto de su dirección espiritual acertada fue el ingreso de numerosas niñas a los noviciados de La Presentación, El Carmelo, Las Terciarias Capuchinas, El Buen Pastor y otras varias comunidades que sería largo enumerar.

En el mismo año de su llegada a la parroquia fue fundado el "Colegio de Sonsón" con el patronato directo del Excelentísimo Señor Arzobispo Cayzedo, del cual fue designado primer rector el Presbítero Roberto Jaramillo Arango. El Padre Salazar puso todo su empeño en la buena marcha del nuevo plantel y le prestó toda su colaboración, no obstante funcionara bastante bien el Colegio de San José, dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Desde un principio se puso personalmente al frente de la cátedra de filosofía, y bien pronto impresionó al alumnado por la amplitud de sus conocimientos en la materia y la forma pedagógica y clara de la explicación.

**Su actividad incansable.** — Desde que tomó posesión de la parroquia de Sonsón, joven y pleno de salud como estaba, se entregó con todo ardor al ejercicio de su actividad pastoral. Comenzó por ganarse el cariño, no solo de las familias aristocráticas del marco de la plaza, sino también de las humildes de las barriadas y especialmente de las masas campesinas que llegaron a amarlo con delirio.

Compartía las alegrías y los pesares de sus hijos y visitaba los hogares para llevar estímulo y alborozo en unas ocasiones y consuelo y resignación cristiana en otras. Fue así como logró que la ciudad llegara a considerarlo como algo suyo y a incorporarlo a su patrimonio humano con indecible afecto.

Vivamente impresionado por la constante multiplicación de las cantinas en la zona rural, se quejaba de ello desde el púlpito, derramando abundantes lágrimas, y hacía llorar a los campesinos, los cuales en muchas ocasiones fueron después a pedirle perdón de rodillas por lo mucho que lo habían hecho sufrir.

El tema de la familia le era especialmente querido y lo trataba con frecuencia. Con emoción que nunca podrá ser olvidada se refería a las familias antioqueñas para hacer la más genuina exaltación de ellas y para recomendarles la continuidad en su interrumpida tradición patriarcal.

Dotado de un alto sentido de civismo, no le eran ajenos los problemas puramente temporales de los suyos ni el progreso de la ciu-

dad. En forma decidida prestó su apoyo al ahorro popular y se preocupó por la mejor solución de los problemas agrícolas, cafeteros y ganaderos.

Desde un principio escogió como médico de cabecera al Doctor Joaquín Restrepo Isaza, a quien consultó hasta su muerte. Obedecía inquebrantablemente los dictámenes del sabio galeno, y en varias ocasiones aceptó que la aguja inyectorial le penetrara por encima de la sotana, según lo acostumbrado por el buenísimo galeno.

**Generalidades de su Episcopado.** — Una vez hecho cargo del gobierno arquidiocesano en forma plena, y ya sin las limitaciones de su anterior condición de mero Coadjutor, se entregó de lleno en forma amplia a un constante apostolado, de acuerdo con su conciencia y con sus propios puntos de vista.

Desde el principio se propuso realizar tres reuniones anuales de los prelados de la provincia eclesiástica, con el fin de mantener la unidad de acción y de intercambiar experiencias pastorales con ellos.

Propósito suyo desde el principio fue tratar al Señor Cayzedo con la mayor delicadeza en los últimos años de dolor moral y sufrimiento, evitando mortificarlo en lo más mínimo y buscando hacerle llevadera y amable su vejez venerable.

Bien pronto quiso resucitar el Instituto de Educación Cristiana que años antes había sido creado por el Ilustrísimo Señor José Ignacio Montoya, y puso al frente de él a una junta de distinguidos caballeros, encabezada por el Presbítero Félix Mejía Palacio.

Proveyó con esmero los planteles oficiales de enseñanza de capellanes preparados y puso especial empeño en que en ellos se cuidara la enseñanza religiosa de la juventud. Esto hizo que años más tarde el Doctor Julio César García, rector del Liceo afirmara del Prelado que "había sido una de los antioqueños que mejor habían sabido cumplir sus deberes para con la patria".

Desde el principio se propuso fomentar el sindicalismo católico y entre otros actos de afecto hacia él donó en el Cementerio de San Lorenzo, propiedad de la Arquidiócesis, un amplio local destinado a la construcción de un pabellón para los miembros del Sindicato de Artes Gráficas.

Por otra parte asistía siempre a las asambleas generales de los sindicatos, siempre que era invitado, y los estimulaba con su palabra ardiente a continuar trabajando por el mejoramiento moral y material de sus socios.

Creó el sistema de estimular con diplomas otorgables en su nombre a los niños más sobresalientes en el estudio de la religión en todos los planteles educativos de la Arquidiócesis. Esta distinción comenzó a ser tan apreciada de la juventud estudiantil, que aún hoy en muchos hogares se encuentran estos pequeños certificados bellamente enmarcados en las salas de muchos hogares cristianos.

Iniciativa suya fueron la creación de la Casa de la Sagrada Familia y la del Gimnasio Cayzedo, instituto este último, que aunque no diocesano, ha realizado una meritorísima labor educacional, que aún hoy subsiste y ha mantenido un gran espíritu cristiano en su seno.

Sin embargo, lo que desde el principio le ganó un mayor afecto de parte de los fieles fue el darse ellos cuenta del celo encendido y de la admirable laboriosidad con que su Prelado había puesto al frente de la preparación del Segundo Congreso Eucarístico Nacional, a fin de que él resultara verdaderamente un espectáculo de alto significado cristiano y una verdadera manifestación de amor encendido a Jesús Sacramentado y de fe viva en el augusto misterio.

**Sus visitas pastorales.** — A imitación del Excelentísimo Señor Cayzedo y de Monseñor Hoyos, el Arzobispo Salazar tenía un gran aprecio por la visita pastoral y pensaba que era muy grande el fruto que los feligreses sacaban de ella; por eso, desde su llegada a Medellín y de acuerdo con Monseñor Cayzedo, se dedicó a realizarlas en forma permanente, mientras su salud se lo permitió, máxime que el anciano Arzobispo estaba ya imposibilitado para llevarlas a cabo en forma competente.

Era cierto que para ir a muchas de las parroquias existía ya carreteras, aunque no muy anchas ni pavimentadas (ninguna lo era), y que eran rizadas y se deterioraban mucho en los inviernos; sin embargo, esto hacía que en muchas ocasiones el carro pudiera sustituir a la mula, la que desde luego no quedaba descartada del todo, pues feligresías había en el Oriente, tales como San Carlos, El Jordán, San Rafael y Alejandría, donde no se conocía un vehículo aún.

De esta manera, en los nueve años que Monseñor permaneció en Medellín, primero en calidad de Coadjutor, luego como Administrador, y finalmente como Arzobispo, logró hacerse presente en las cuatro quintas partes de las feligresías, esto es, en 47 de las 60 parroquias que entonces integraban la Arquidiócesis, habiéndose quedado sin su visita las poblaciones de Aquitania, San Luis, San Roque, Yolombó, Maceo, Caracolí, Cristales y Santo Domingo, en lo rural, sin contar las cinco parroquias urbanas de la ciudad, la que en 1936 sólo contaba con 162.000 habitantes.

Durante su visita administraba el sacramento de la confirmación a numerosos niños, los que oscilaban entre 500 y 2.000, generalmente, a pesar de que se dieron casos como el de Abejorral, población en la cual fueron ungidos con el santo crisma cerca de 7.000 menores, hecho que nos atreveríamos a juzgar de único en la historia eclesiástica del país, si se tiene en cuenta que en esta misma ocasión, en poblaciones muy habitadas, como Sonsón, sólo fueron confirmados 4.000.

A partir de 1936 su compañero de visita fue el Presbítero Bernardo Cardona Pérez, su amado familiar, en cuya compañía se sentía plenamente satisfecho. De aquí que las actas aparezcan bellamente caligráficas, con la letra excepcionalmente hermosa de este ilustre sacerdote, hoy canónigo de la Basílica y Camarero Secreto de Su Santidad.

Recomendaciones muy frecuentes en las actas de visita eran las relativas al establecimiento de la Cruzada Eucarística para los niños, y el que se separara un tramo del cementerio para los niños fallecidos sin bautismo.

El Prelado se regocijaba cuando veía la Acción Católica bien organizada en alguna de las parroquias, y no tenía inconveniente en es-

timular al párroco con sinceras alabanzas cuando se daba cuenta de que la administración parroquial era normal.

De las visitas que hizo, prácticamente la mitad las realizó en calidad de Coadjutor, delegado por Monseñor Cayzedo, en los años de 1933 y 1934. Durante el año de 1935 no salió. Continuó en 1938, año en que realizó una pequeña gira por los sectores suburbanos de la ciudad de entonces y por el Oriente del Departamento; su última gira la terminó el 7 de agosto de este año, en la parroquia de San Vicente, la que habría de ser la última visitada por él, ya que los continuos quebrantos de salud no le permitieron nada más.

En agosto de 1941 delegó en el Señor Canónigo Félix Mejía Palacio el continuarlas, pero éste solamente alcanzó a visitar cinco poblaciones, algunas de ellas ya visitadas por el Señor Arzobispo.

Entre estas visitas habría de hacer mella en su vida la verificada a El Carmen de Viboral el 28 de febrero de 1936, en la cual insinuó al párroco la conveniencia de colocar en el camarín de la nave central del templo, la nueva imagen de Nuestra Señora del Carmen, para destinar la antigua a las romerías por los campos, hecho que habría de provocarle un gravísimo problema administrativo, el mayor quizás de su gobierno.

**Sus relaciones con el Venerable Capítulo.** — A diferencia de otros preladados, Monseñor Salazar no solo mantenía unas cordiales relaciones con el Venerable Capítulo Metropolitano, sino que lo tenía como verdadero Cuerpo Senatorial de Consulta y hacía mucho caso de las recomendaciones de él.

A ello contribuía en gran parte el que los Deanes fueran sacerdotes de toda su confianza y de su misma escuela pastoral; los ilustres señores Lubín Gómez Hoyos y José J. Ramírez Urrea, para el primero de los cuales solicitó y obtuvo de la Santa Sede las insignias honoríficas de los preladados domésticos.

Durante su mandato elevó a la dignidad de canónigos a los sacerdotes Guillermo Gómez R., Juan de D. Gómez, Emilio Botero G. y Félix Mejía Palacio.

Deseoso de enaltecer a sus capitulares, en el año de 1937 se dirigió a la Santa Sede, solicitando para ellos el privilegio de las vestiduras moradas, propias de los obispos, concedidas a otros capitulares, según había observado en algunas catedrales europeas (es de advertir que en la catedral de Sevilla, España, está permitido a los capitulares incluso el uso de la mitra en los oficios corales).

Esta solicitud se demoró por 3 años en ser contestada, pero la Santa Sede accedió a ella benévolamente en julio de 1940.

Al recibir la comunicación oficial los señores capitulares estimaron ser deber suyo el visitar en forma colegiada al Prelado para manifestarle personalmente su reconocimiento por haber intercedido ante la Santa Sede al respecto. El Prelado, al contestarles, les ofreció solicitar también el privilegio del uso del solideo negro, al oír lo cual, uno de los canónigos presentes, el Presbítero Emilio Botero González, le comentó jocosamente: "Vamos a quedar iguales a los hermanos de las

Escuelas Cristianas". Sobra advertir que el Prelado interpretó el sentido del chiste y nunca más volvió a ocuparse del asunto.

**Sus relaciones con el Seminario.** — Como era natural, Monseñor Salazar compartía la preocupación de los grandes pastores de la Iglesia por el Seminario, al que amaba con toda el alma, máxime que el de Medellín había sido la casa de su propia formación sacerdotal.

Y aunque vivía tranquilo sabiendo que estaba en unas manos de toda confianza, como eran las del Padre Emilio Botero, lo visitaba con frecuencia y se informaba cuidadosamente de la marcha de él.

Podría habersele reprochado el no haber promovido en la debida proporción el envío de seminaristas avanzados a las universidades europeas, con el fin de especializarlos y disponer de sacerdotes mejor preparados, ya que en su episcopado medellinense sólo lo hicieron dos o tres jóvenes teólogos que disponían de medios de fortuna, tanto más que la Arquidiócesis, por colaborar económicamente al colegio Pío-Latino Americano de Roma disponía de becas en él, pero no obstante este detalle no logra empañar la constante preocupación del Pastor por esta gran casa sacerdotal.

En los ejercicios de ordenaciones tenía costumbre de predicar algunas pláticas pastorales a los ordenados. Las principales recomendaciones eran estas:

1º Obedecer a los superiores, porque "El varón obediente cantará **victoria**".

2º Estar disponible al llamado de Dios, diciéndole como Isaías, "Héme aquí Señor y envíame, como Samuel": "Aquí estoy Señor, pues me has llamado".

3º Estudiar cuidadosamente la vocación, pues San Pablo nos advierte: "Ved bien hermanos, vuestra vocación".

En las festividades de San Juan Vianney, párroco de Ars, y patrono del clero secular, acostumbraba celebrar de pontifical en la capilla del Seminario. Aún recordamos como en cierta ocasión se despidió en la puerta, de los seminaristas con estas palabras: "Sean ustedes los futuros Vianneyes de la Iglesia".

A él le correspondió coronar a escala diocesana la imagen de la Virgen del Seminario formadora de generaciones de sacerdotes y objeto del cariño del clero antioqueño. Fue esta una fecha inolvidable en los anales del Seminario de Medellín.